

EN MI DEBILIDAD

JOSÉ MARÍA R. OLAIZOLA, S.J.

En mi miedo,
tu seguridad.

En mi duda,
tu aliento.

En mi egoísmo,
tu amor.

En mi rencor
tu misericordia.

En mi “yo”
tu “nosotros”.

En mi rendición
tu perseverancia. En mi silencio,
tu voz.

En mi ansiedad,
tu pobreza.

En mi tempestad
tu calma.

En mi abandono
tu insistencia.

En mi dolor,
tu alivio.

En mi debilidad,
tu fuerza.



† La música: el lenguaje del alma

Por Esteban L. Aquino Nieto

† El sentido de la historia
(Lc 21,5-19)

Por Alden García, S.J.

† Presentarnos desde el corazón, ante el Salvador

Por Aliuska Lazo Hernández

SANTORAL

D 16: Santa Gertrudis / **L** 17: Santa Isabel de Hungría / **M** 18: Dedicación de la Basílica de los Santos Pedro y Pablo / **Mi** 19: San Crispín / **J** 20: San Félix / **V** 21: Presentación de la Santísima Virgen María / **S** 22: Santa Cecilia

22 de noviembre – Día de santa Cecilia / Día Internacional de la música (o del músico)

La música: el lenguaje del alma

Por Esteban L. Aquino Nieto



Según la tradición, a partir de las *Actas de santa Cecilia*, Cecilia fue una virgen nacida en el seno de una familia romana que se convirtió al cristianismo desde muy pequeña. Sus padres la ofrecieron en matrimonio al joven pagano Valerianus. Al retirarse a la cámara nupcial, la virgen confesó a su esposo que su virginidad pertenecía a Dios, y que un ángel guardaba su cuerpo celosamente. Valerianus quiso ver al ángel, y la virgen le dijo que solo si creía en el Dios vivo y verdadero, y recibía el bautismo, podría verlo. Así fue, el novio fue bautizado y el ángel apareció entre los dos coronándolos con rosas y azucenas. De la misma manera fueron convertidos el hermano de Valerianus y el funcionario designado para ejecutarlos. Finalmente, todos fueron martirizados. En cuanto a la virgen Cecilia, condenada a morir, sobrevivió a tres intentos de ejecución: por ahogamiento en su baño, por inmersión en agua hirviendo y por decapitación. Esta última no pudo llevarse a cabo totalmen-

te y la virgen pudo sobrevivir tres días más, dando limosna y pidiendo que su casa fuera convertida en templo. Tras su muerte, entre los años 180 y 230, el papa Urbano I la enterró en la catacumba del papa Calixto I.

Pocos saben que la sensibilidad espiritual de santa Cecilia era un don otorgado por Dios, y su manifestación fue la música. Con su canto, la virgen suplicó al Señor que su cuerpo y su corazón siempre estuvieran intactos. Y así fue declarada patrona de la música.

Creo que la música, entre las manifestaciones del arte, puede catalogarse como un “puente”, ya que conecta nuestra alma con Dios, y con otras almas sensibles. Tanto el rey David, como san Efrén, son grandes ejemplos en la historia que nos vinculan a Dios a través de sus composiciones. De hecho, este último es conocido como *El arpa del Espíritu*.

Aunque no soy músico, sí estoy tocado por esta expresión artística, ya que mi esposa y mi hija pequeña lo son. Muchas veces he escuchado a mi esposa decir que la música es un *lenguaje universal*, y en eso tiene toda la razón. Ella es fundadora y directora del Coro Polifónico de La Habana, el cual ha interpretado, durante 25 años, variados repertorios que abarcan desde la obra polifónica del Siglo XVI, hasta las composiciones corales contemporáneas en la música cubana, latinoamericana y los ciclos corales de música de cámara. Ella ha tenido la experiencia de compartir con otras agrupaciones que no hablan nuestra lengua, sin embargo, es con la música que han encontrado la vía de comunicación. De hecho, y utilizando sus propias palabras, *cuan-do interpretamos la música somos una sola voz y un solo corazón*.

La música mueve emociones, conecta e identifica. Esta expresión viene del Espíritu de Dios, que vibra en cada una de nuestras almas y en el Corazón de Dios.

El sentido de la historia (Lc 21,5-19)

Por Alden García, S.J.



Jesús nos confronta con dos realidades, una de destrucción; otra de perseverancia. Habla del templo que será destruido, del caos que vendrá, de persecuciones y dolores; pero también habla de una actitud de fidelidad que salva. En medio del anuncio de ruina, Jesús siembra una promesa: *Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.*

Hace un tiempo, una señora de Los Guandules, en República Dominicana, se sentó a mi lado durante un velorio. Con una mirada limpia me dijo: “El Señor nunca ha dejado de contagiarme de vida nueva, de frescor, de alegría. Perdí muchas cosas y seres queridos, pero Jesús nunca ha dejado de quererme. Él me enseñó que ante la muerte hay que volver la mirada hacia la vida nueva. Hay que contemplar a los niños que nos nacen en las familias”.

Esa mujer me ayudó a comprender que, en la historia, si uno solo mira la muerte, termina muerto. En cambio, si miramos el don cotidiano que se nos regala, entonces uno se contagia de vida nueva, como ella solía decir.

La denuncia del mal es necesaria. Jesús mismo no lo evita; pero no basta con señalar la ruina; hay que anunciar lo bello. El mal desea enroscarnos en su espiral. Nos quiere hablando solo de él, atrapados en su lógica. Mientras, el Evangelio nos invita a contarnos las pequeñas bendiciones de cada día.

Como aquel día en que, tras la muerte dolorosa de una amiga de la comunidad, presencié a varios niños de la parroquia comulgar por primera vez. Al

verlos, supe que Adelaida estaba viva en cada uno de ellos cuando recibían el sacramento. Sentí que el Señor nos estaba regalando otra vez la presencia de la amiga. Entonces nació en mí el deseo de contar esta historia como forma de acariciarle el rostro lastimado a la historia.

Necesitamos contarnos la vida nueva. No como un consuelo vacío, sino como testigos de que, a través de las heridas de la historia, el Mesías siempre nos encuentra y acompaña. Contagiar-nos de vida nueva es una forma de ser Iglesia.

El corazón de la historia no encuentra su sentido en las guerras ni revoluciones, sino en una fidelidad que permanece y en una promesa que sostiene. Esta fidelidad y promesa es la que Jesús nos hace: *Yo estaré con ustedes en todo momento.* El rostro humano de esta promesa son los de aquellos que nos aman, y que amamos.

Si abrimos las manos para recibir las historias de bendición, si nos disponemos a testificar a Cristo en ellas, si las regalamos al prójimo, entonces, quizás, nuestra experiencia dejará de ser una cadena de desesperanza para ser una de gratitud. Acordémonos de que, en el Génesis, mientras Dios creaba, bendecía cada criatura con la palabra: *bueno, muy bueno.*

Señor, que, en medio de la noche oscura, yo bendiga. Amén.



Orando en la semana

- | | |
|---------------|---|
| D 16: | Mal 3:19-20/Sal 97/2 Tes 3:7-12/
Lc 21:5-19 |
| L 17: | 1 Mac 1,10-15.41-43.54-57.62-64/
Sal 118/Lc 18,35-43 |
| M 18: | 2 Mac 6,18-31/Sal 3/ Lc 19,1-10 |
| Mi 19: | 2 Mac 7:1, 20-31/Sal 16/Lc 19:11-28 |
| J 20: | 1 Mac 2:15-29/Sal 49/Lc 19:41-44 |
| V 21: | Zac 2:14-17/Lc 1:46-55/Mt 12:46-50 |
| S 22: | 1 Mac 6:1-13/Sal 9/Lc 20:27-40 |

21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Virgen María en el templo

Presentarnos desde el corazón, ante el Salvador

Por Aliuska Lazo Hernández



María es un modelo de virtud para todos los fieles, ya que se mantuvo unida a Dios desde el inicio de su existencia. Su motivación religiosa refleja un deseo decidido y manifiesto de pertenecer de manera directa, inmediata, plena y exclusiva a Dios.

Cada 21 de noviembre, la Iglesia celebra la fiesta de la Presentación de la Virgen María en el templo. Según la tradición, sus padres, san Joaquín y santa Ana, la llevaron al templo de Jerusalén cuando ella tenía apenas tres años, para que allí fuera instruida en la religión del pueblo de Israel, consagrándola al Señor.

Esta tradición, venerada por la Iglesia, nos invita a reflexionar sobre la entrega, la fe y la disponibilidad hacia Dios. Un acto de amor que no solo marcó el inicio del camino de María hacia su misión única, sino que también se convierte en un espejo para nosotros en la actualidad.

María, desde su infancia, fue formada en la escucha de la Palabra y en la

oración, preparándose sin saberlo para el “sí” que cambiaría la historia. Fue santificada desde el primer momento de su existencia, ejemplificando el designio y el proyecto de Dios sobre cada uno de nosotros. Cada bautizado está llamado personalmente por Dios a ser como María, dando testimonio de una experiencia espiritual y de vida. Estamos invitados a ser “templos” donde Dios habite, llevando su amor a los demás. María nos enseña que la verdadera devoción no es solo ritual, sino una entrega cotidiana.

Recibir el Sacramento del Bautismo es presentarnos ante Dios; es un acto de entrega y alianza con Él. Esto se aplica tanto si lo recibimos de niños a través de nuestros padres, como si lo hacemos en una edad más madura, donde quizás tengamos una mayor conciencia de esa entrega. Es un compromiso que nos llevará a la salvación a través de un camino de conversión serio y responsable.

Vivir en comunidad también implica permanecer en el templo, como María, escuchando la Palabra de Dios, instruyéndonos y capacitándonos para seguirle y servirle en su Reino. Es entregar desde nuestros corazones la voluntad y la disponibilidad de construir juntos el proyecto de salvación que nuestro Padre tiene para cada uno de nosotros, sus hijos.

La Presentación de María no termina en el Templo; se prolonga en su “hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Dios la predestinó para desempeñar un papel singular en la obra de la salvación, como Madre del Redentor y asociada a su obra salvadora.

Que cada día sea una nueva presentación al Señor: que nuestras manos, como las de María, estén abiertas para recibir y dar a Dios a los demás. Que María, mujer de fe y discípula fiel, nos guíe en este camino.